

cisco de la ciudad de los Ángeles, donde acabó el curso de esta vida muy santamente, recibidos los santos sacramentos, año de mil y quinientos y sesenta y nueve, y está allí enterrado.

1569.

De Fr. Juan de Alameda.

Fr. Juan de Alameda vino de la provincia de la Concepcion con el santo obispo D. Fr. Juan de Zumárraga, el año de mil y quinientos y veinte y ocho. Aprendió luego la lengua de los naturales, y súpola muy bien, y trabajó con ella fielmente, predicando y confesando, siendo súbdito y prelado, que lo fué lo mas del tiempo que acá vivió por sus buenas partes. Pasó el pueblo de Huexozingo (que entonces tenia mas de cuarenta mil vecinos) de las barrancas adonde estaba, al lugar y sitio donde agora está, y edificó el monesterio que tiene. Siendo ya muy viejo, renunció de todo punto las confesiones (segun se entendió) por ser tan celoso y amigo de la castidad y limpieza, que aun en confesion le era odioso y aborrecible oír el vicio contrario á ella. Fué muy religioso y concertado en su manera de vivir, y gran republicano, con lo cual adornó en gran manera los pueblos adonde residió, que fueron muchos, y entre ellos el pueblo de Tula, adonde fué guardian el año de mil y quinientos y treinta y nueve, el cual puso en mucha policía, y en muchas cosas lo ilustró, como los naturales de él han dado de ello testimonio. Falleció cerca del año de mil y quinientos y setenta, y está enterrado en el convento de Guacachula, cuya iglesia él habia edificado.

1539.

1570.

CAPÍTULO XXXVII.

Del santo varon Fr. Juan de San Francisco, de su entrada en religion y venida á esta tierra, y de algunas cosas milagrosas con que Nuestro Señor lo ilustró y adornó.

Vida de Fr. Juan de San Francisco.

ESTE varon santo fué natural de un pueblo llamado Veas, en el reino de Murcia. Estando estudiando en la universidad de Salamanca, tocado de la mano del Señor, acordó de dejar el mundo, lleno de tantos peligros, y tomar el hábito de religion en el convento de nuestro padre S. Francisco de la mesma ciudad, donde habiendo pasado el tiempo de su noviciado y acabado el curso de sus estudios, acordó de pasar á esta provincia del Santo Evangelio en esta Nueva España, el año de mil y quinientos y veinte y nueve, con celo muy ferviente de la conversion de los indios. Fué varon de mucha oracion y contemplacion, y juntamente grande obrero en la labor de la viña del Señor, en la cual ocupaba lo mas del dia,

1529.

por la muchedumbre de creyentes que en aquel tiempo ocurrían á recibir el bautismo y doctrina de la Iglesia católica, y por la falta de ministros que entonces habia para este efecto. Á la noche acudia á la oracion y recogimiento interior, diciendo aquellas palabras del profeta: «En el dia encomendó el Señor las obras de misericordia, y en la noche sus alabanzas.» Con lo cual fué tenido por uno de los señalados obreros que en esta Nueva España habia, así en santidad de vida como en doctrina y fructo de los naturales. Fué electo en octavo provincial de esta provincia del Santo Evangelio, despues de haber renunciado este oficio el muy docto y religioso varon Fr. Juan de Gaona. Era sincerísimo, juzgando de la pureza de su alma que todos eran de su manera. Y así de ninguna persona puesta en estado de religion podia imaginar cosa de pecado. Lo cual fué causa que el oficio de provincial no lo ejercitase al gusto de algunos, porque hallando culpas en ciertos súbditos, las exageró y castigó con todo rigor, por el excesivo fervor de espíritu en que le encendia el celo de la honra de Dios, no pudiendo tolerar sus ofensas, y así era fuerte reprendedor de vicios, porque se le representaban como monstruos apartados y aborrecidos de su pensamiento. Nunca de noche metia lumbre en su celda, y lo mesmo aconsejaba á sus compañeros, diciendo que de noche mejor se gusta de Dios sin lumbre material. Y en tanta manera guardaba esto, que aun siendo provincial no permitia que tañido al Ave María se le diesen cartas ni le tratasen de negocios, hasta haber dicho misa otro dia, porque decia él aquellas palabras de Cristo: «Basta al dia su trabajo.» Y porque las cosas que se ofrecian del oficio, en aquel tiempo eran tan pocas y leves, que en cualquier hora se les daba suficiente despacho. En lo demas traia su vida tan concertada, que ninguna ocasion bastaba á sacarle de su punto. En diciendo misa (que era ordinariamente en saliendo de prima) se recogia en su celda para dar las gracias, en que se detenia grande rato, puerta y ventana cerradas. Y salido de allí, se ocupaba lo mas del dia en las cosas anexas á su oficio y en la doctrina y ministerio de los naturales, sin tomar tiempo de alivio (como es permitido), porque tenia tanto cuidado de la pureza de su conciencia, que en ninguna cosa dejaba derramar sus sentidos. Fué electo este bendito religioso en obispo de Yucatan, la cual eleccion él renunció por su humildad, alegando que no era idóneo para semejante cargo. Cuando se ordenó de misa, dijo á los compañeros que con él se ordenaban: «¿No habeis visto el carácter del alma? Yo lo vi cuando se me imprimió en ella por el

Pst. 41.

Math. 6.

orden sacro que hoy he recibido.» Esto parecerá á alguno imposible, por ser el carácter invisible. Pero tambien el alma es invisible, y con todo eso puede uno entender el conocimiento de la limpieza que en ella tiene, revelándose el Señor. Y así no es inconveniente ver uno y entender cuando el carácter se le imprime, revelándose el Señor con los modos y maneras á la divina Majestad vistos y sabidos, por figuras representativas de esta impresion. Y aunque es verdad católica que ninguno puede saber con certidumbre de fe, si es amado de Dios en esta vida, pero si Dios lo quiere revelar, como lo reveló á muchos santos, y entre ellos á la Magdalena y á S. Pablo y al padre S. Francisco, y á otros (pues es Señor absoluto), él les puede conceder este privilegio particular, y así lo pueden saber, como este su siervo vió y entendió el carácter que se le imprimió. Y permitiría el Señor que lo descubriese, para afirmar la fe de alguno que por ventura vacilaba en ella. Cuando vino de España trajo gran deseo de saber la lengua mas general de los indios para poder predicarles la palabra de Dios y enseñarles las cosas de la fe cristiana. Y pedíalo á Nuestro Señor con continuas lágrimas y oraciones. Y estando una noche en contemplacion en su celda, en el convento de Tlascala, vino sobre él un grande resplandor, y admirado dijo: *Dominus illuminatio mea*, que quiere decir: «El Señor es el que me alumbra.» Y súbitamente se le manifestó que le era concedida por don del cielo la lengua mexicana (que es la mas general), y luego otro dia siguiente comenzó á predicar en ella con grande admiracion de los naturales, y en ella compuso un muy cumplido sermonario y unas colaciones de diversas materias, llenas de maravillosos ejemplos, en muestra de la merced que Dios le habia hecho en manifestarle aquella lengua para que predicase sus misterios, con lo cual hizo mucho fruto en la conversion de los indios, destruyendo la idolatría, desbaratando muchos templos de los demonios, quebrantando infinidad de ídolos y bautizando grande número de infieles en diversas provincias.

CAPÍTULO XXXVIII.

De cómo Nuestro Señor libró á este su siervo del demonio que lo queria matar, y cómo Fr. Juan de San Francisco libró tambien otro indio que el demonio le persuadia se aborcase.

UNA de las provincias donde mas fruto hizo y donde mas trabajó este siervo de Dios, fué la de Tehuacan, pueblo principal, y par-

ticularmente dedicado á la cultura y servicio de los demonios en su antigüedad, conforme á la etimología del nombre, que parece significar lugar de los dioses, y así era grande el número de los ídolos que en aquel pueblo habia. De estos hizo recoger el siervo de Dios todos los que pudo, con intento de en un dia señalado hacer un solemne sacrificio á la divina Majestad, destruyendo y asolando públicamente aquella abominacion. Y para esto mandó llamar á todos los principales del pueblo, y estando juntos, les dijo que convenia mucho al servicio de Nuestro Señor se juntasen todos los indios de aquella comarca y provincia allí en la cabecera para el dia de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, porque tenia muchas cosas que les decir, y que ellos diesen orden como esto se hiciese y no oviese falta. Hiciéronlo así los principales como el siervo de Dios se lo mandara, y estando aquel dia todos allí juntos, y habiéndoles predicado el engaño y ceguedad en que los demonios enemigos del género humano los habian puesto á ellos y á sus antepasados, haciéndoles adorar aquellas sus feas estatuas y ofrecerles su propia sangre y la de sus hijos en ofensa y desacato del verdadero Dios, que crió los hombres á su imágen y semejanza para que á él solo sirviesen y adorasen con sacrificios de alabanza, acabado su sermon, luego allí delante de todos mandó á los mozuelos fieles que tenia doctrinados en la fe, que quebrantasen y desmenuzasen aquellos ídolos que él tenia para aquel efecto aparejados y puestos en hilera. Lo cual ellos sin detenimiento lo hicieron, no dejando figura de ellos entera. Y el mismo Fr. Juan con sus propias manos hizo pedazos el ídolo principal, diciendo aquellos versos del salmista: *Simulachra gentium, argentum et aurum*, &c. «Los ídolos de los gentiles no son mas que plata y oro y obras de sus manos. Tienen ojos y no ven, orejas y no oyen.» Y como llegaba á la boca, se la quebrantaba, diciendo las mismas palabras del salmo: «Boca tienen y no hablan.» Y así hacia de las manos y piés, diciendo las palabras del salmo, hasta que lo dejó tronco. Cosa de admiracion, que en una inmensa multitud de infieles que al espectáculo estaban presentes, no ovo alguno que le osase contradecir, con ser él solo y no tener de su parte mas que los mochachuelos que habia enseñado y bautizado, hijos de los mismos infieles. Pero tenia por sí la razon y verdad, que convencidos por ella no podian dejar de conocer naturalmente que no podia haber mas que un Dios Todopoderoso, invisible, y que aquellas estatuas ó figuras no podian ser de dioses, sino de cosas malas y aborrecibles. Mas el maldito demonio, inventor de todas

ellas, afrentado de aquel hecho, el mismo dia apareció á un indio infiel, natural de Tehuacan, que andaba por otros pueblos veinte leguas de allí buscando su menester, y no se habia hallado en aquel espectáculo, y aparecióle en la forma ó figura del ídolo que el santo varon con sus propias manos habia quebrantado, y con las mismas heridas y mellas que en la estatua habia hecho, y díjole que mirase cuál le habia parado aquel sacerdote cristiano que en Tehuacan estaba. Y que si se tenia por su fiel servidor, fuese luego á vengar aquella injuria. El indio le respondió que lo haria de muy buena voluntad, pero que temia á los caciques y pueblo que guardaban á aquel sacerdote con mucho cuidado. Replicóle el demonio y díjole, que tomase un pesado garrote, y no temiese, pues era valiente, que él le ayudaria, y con aquel garrote se metiese dentro del monesterio, en el lugar secreto adonde el santo habia de acudir, y que allí le diese con él y lo matase, que luego se podria salir fuera sin que alguna persona lo viese, ni se sabia quién lo oviese muerto. El indio tomó luego su camino con voluntad de hacer lo que el demonio le mandaba, y puesto en aquel lugar que le señaló, entrando en él el bendito padre, descargó aquel ministro de Satanás el palo sobre él, pensando matarlo de aquel golpe; mas quiso Nuestro Señor, que lo guardaba para mayores cosas, que no le acertase, pasándole el palo por las espaldas sin hacerle mal ninguno. Visto esto, dió voces Fr. Juan, y acudiéndole su compañero, no tuvo lugar el indio de escaparse. Y preguntándole qué era la causa porque lo queria matar, contó por extenso cómo el demonio le habia persuadido lo que queda dicho. El indio, visto su engaño, se convirtió á la fe cristiana y recibió el santo bautismo. Entre muchos indios que no tienen cuenta, convirtió y bautizó este apostólico varon á un sacerdote de los ídolos en el mismo pueblo de Tehuacan. Y sucedió que estando en México el santo Fr. Juan, cayó este indio en una muy grave enfermedad. Y aparecieronle los demonios en figura de su padre y madre, y dijéronle que estaban en una muy deleitosa tierra donde tenian mucho descanso, que se fuese con ellos. El indio les respondió que le placia. Tomáronlo luego y llevaronlo cerca de allí á una arboleda, y dijéronle que se ahorcase. Estando para hacerlo, por la persuasion de los demonios, aparecióle un fraile de la misma forma y figura que Fr. Juan de San Francisco, que á la sazón (como dicho es) estaba en México, reprendiéndole porque se habia olvidado tan presto de lo que le habia enseñado, y porque habia creído á los demonios sus enemigos que le engañaban en figura de sus padres.

Comenzó entonces el indio á dar voces y llamar á Dios, y en el punto los demonios desaparecieron y lo dejaron. Y teniendo el indio por cierto que era el mismo Fr. Juan el que le habia aparecido, lo salió á recibir al camino cuando volvia de México, y poniéndose de rodillas delante de él, le pidió perdon de sus yerros, dándole gracias porque lo habia librado del infierno. Y como cayese en la cuenta este varon santo por la relacion que le daba el indio, cómo Nuestro Señor lo habia librado del lazo de Satanás, dió gracias á su Majestad por la merced que le hacia en que por su ángel (aunque en figura suya, para honra de su Evangelio) habia socorrido á aquel pobrecito indio. Al cual amonestó que de allí adelante estuviese firme en la doctrina de Jesucristo, y no diese crédito á las mentiras y embustes de los demonios.

CAPÍTULO XXXIX.

Cómo el siervo de Dios Fr. Juan de San Francisco resucitó un niño, y cómo le aparecieron el padre S. Francisco y Santa Clara, y de su dichosa muerte.

UNA mujer devota trajo ante el siervo de Dios un niño hijo suyo, muerto, pidiéndole con mucha fe y devocion que le echase su bendicion. Bendíjolo el santo varon, y luego el niño muerto se levantó sano. Traíanle despues los padres al hijo, agradeciéndole la merced tan grande que les habia hecho en darle vida al niño; mas el siervo de Dios con mucha humildad se excusaba de ello, diciendo que la grande fe de su madre le habia recuperado la vida. En el mismo convento de Tehuacan, estando un dia Fr. Juan recogido en su celda en oracion despues de haber celebrado, le aparecieron visiblemente el padre S. Francisco y Santa Clara, y le hablaron con mucha familiaridad, y entre otras cosas, le dijeron: «Estos indios guardan lo que vosotros prometistes, que es, pobreza, obediencia y humildad.» Fué la vida de este varon santo tan llena de maravillas, que se le hace mucho agravio quererlas reducir á brevedad. Mas porque no podemos dejar de seguirla (por no ser enfadosos), contentémonos con lo dicho de su vida y tratemos su dichosa muerte, para dechado de bien morir y testimonio de quien él era. Siendo guardian en el convento de Cuernavaca, supo un año antes el dia de su fin, y así dijo á su compañero Fr. Rodrigo de Bienvenida, que sin falta habia de morir antes que se tuviese capítulo. Y pasó

así, que dos meses antes que se celebrase cayó enfermo, y sirviéndole en aquella enfermedad el Fr. Rodrigo, le dijo: «Hermano, no cureis de hacer cosa para mi salud, porque todo es excusado, que lo que me dijo Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, se ha de cumplir.» Era Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo uno de los doce primeros, y había mas de dos años que era muerto, y la noche antes le había aparecido y dicho que se aparejase, porque aquella seria la última enfermedad. Y díjole tambien otras muchas cosas, de las cuales sola una descubrió á Fr. Rodrigo de Bienvenida, y era que Dios estaba muy airado por la poca justicia que había en la Nueva España. Acaeció esto cuasi cuarenta días antes de su glorioso tránsito, en los cuales no entendia en otra cosa que en aparejarse para él, tratando á solas con Dios. Partió para México, despidiéndose de todos, como quien sabia muy bien que no los había de ver mas. Llegado allá, recibió los santos sacramentos con suma devocion, respondiendo él mesmo al ministro que le daba la santa uncion, puestas sus manos y los ojos clavados en un crucifijo. Despues de haberlos recibido, acabando la presente vida, dando el alma á su Criador, y diciendo aquellas últimas palabras que el Salvador del mundo dijo en la cruz: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, murió un viérnes á las once del día, año de mil y quinientos y cincuenta y seis. El mesmo día, cuasi á la media noche, apareció el santo varon en Cuernavaca á una devota mujer española, á quien él en vida solia oír de penitencia, y le dijo que doce horas había estado en purgatorio, y que ya se iba á la gloria. Otro día despues de su muerte, apareció tambien á su íntimo compañero Fr. Rodrigo, el cual lo vió á deshora par de sí, estando en su lecho recostado, resplandeciendo la celda como la luz de la mañana, y tomándole de los brazos le dijo, que se esforzase á bien vivir y servir al Señor, y en el instante que esto dijo desapareció. Fué Fr. Rodrigo de Bienvenida varon de mucha santidad, de quien abajo se dirá, el cual afirmaba muchas veces, y á mí me lo dió por escripto, cómo había visto al santo varon Fr. Juan en esta vision, vestido con su hábito, como el sol resplandeciente. No es cosa nueva ni de admiracion decir que algunos grandes siervos de Dios y santos hayan padecido penas de purgatorio y hayan tenido necesidad de algunos sufragios, porque en las historias eclesiásticas leemos de varones de gran santidad, haberlas padecido y estado en ellas, y haber tenido esta necesidad, y por eso no dejar de hacer milagros. Así como S. Severino, obispo de Colonia, de quien escribiendo Pedro Da-

1556.

miano, dice que estando en las penas resplandeció con milagros. Este santo, aun purgando sus culpas, obraba maravillas milagrosas. De Pascasio Diácono dice S. Gregorio en los Morales, que fué de tanta santidad, que llevando su cuerpo á enterrar, llegó un endemoniado á las andas en que lo llevaban, y tocando en su almática, fué librado, y despues apareció á S. German, obispo de Capua, y le dijo que estaba haciendo penitencia en unos baños, porque en cierta cisma se acostó á la parte de Lorenzo contra el Papa Simaco, aun despues de ser desechado Lorenzo y dada sentencia contra él.

CAPÍTULO XL.

De Fr. Alonso Rengel.

FR. Alonso Rengel, de la provincia de Santiago, vino en compañía del venerable padre Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, juntamente con Fr. Juan de San Francisco, el año de mil y quinientos y veinte y nueve. Era hombre de buena habilidad y suficiencia de letras, y sobre todo muy ejemplar y grande obrero en la conversion de los indios. Aprendió en breve tiempo las dos lenguas mas generales de esta Nueva España, es á saber, mexicana y otomí, y las puso en arte, particularmente la mexicana, de la cual hizo arte muy perfecta, y sirvió muchos años á los que la aprendieron, y en la mesma lengua compuso sermones muy buenos de todo el año. En la otomí fué el primero que la alcanzó á saber (aunque es bárbara y dificultosa), y el primero tambien que en ella predicó la palabra de Dios y su Evangelio en las provincias de Jilotepec y Tula (que eran las mas populosas de indios otomís) y en sus comarcas, donde convirtió innumerables gentes á la fe de nuestro Señor Jesucristo, y las bautizó, y destruyó todos los ídolos de aquellas provincias con sus templos y altares, con mucho riesgo de su vida, porque los sacerdotes y ministros de ellos, no pudiendo llevar en paciencia que tan abarrisco les quemase sus dioses, y á ellos los privase de sus antiguas prebendas, trataron muchas veces de matarlo, y en dos partes lo quisieron poner por obra; la primera vez junto á un cerro de un pueblo llamado Chiapa, y la otra, cerca de otro que se dice Tepetitlan. Mas el Señor, cuya obra hacia, lo libró de sus asechanzas, porque la vida de este su siervo era necesaria para la salvacion de muchas almas. Dicen hoy día los viejos de aquel

De Fr. Alonso Rengel.

1529.